

— Las tendré; mas los tristes pronósticos míos hanse cumplido mil veces. Niños que parecen muy dóciles desde sus cunas, á sus pubertades acaban por encabritarse hasta no sufrir ni yugo ni acicate ni disciplina, en cuanto la sangre comienza en sus venas á hervir y la pasión á estallar en sus corazones.

— Yo tengo un medio de dominar siempre á Nerón.

— ¿Cuál?

— La educación.

— ¡Qué rara vez vence á la nativa índole!

— Por lo contrario, yo creo que siempre la vence.

— Te pongo á ti por ejemplo, Agripina.

— ¿Por qué á mí?

— Porque tú muestras cómo la educación jamás ha logrado sobreponerse á la complexión tuya.

— ¿Cómo?

— Recógete y piensa con detenimiento reflexivo acerca de ti misma.

— Di.

— ¿No tuviste por padre á Germánico, el más dulce de los hombres?

— Cierto.

— Y él ¿no te dió el ejemplo de la más rendida humildad?

— Cierto también.

— Pues ¿en cuál educación has aprendido la soberbia?

— En la sangre de los césares.

— Y la sangre tuya ¿no corre por las venas de tu Nerón, sangre cesárea?

— No en el grado que por mis venas.

— Eneobarbo, tu esposo, y padre de tu hijo, perteneció á familia patricia.

— Pero no á esta familia divina que baja de los troyanos reyes y de los olímpicos dioses, pasando por César y por Augusto.

— Eneobarbo dijo que solamente podía él engendrar monstruos.

— Cree que se calumnió á sí mismo en ese afán por aparecer malos y fuertes en el mal, que sienten á una todos los patricios de Roma, muy largos de lengua y de ambición muy cortos.

— Comprendo lo que pasa por ti. No me maravilla tu arrojo y tu confianza en el arrojo. No serías quien eres de otra suerte. Pero yo persisto en asegurarte la opinión que respecto de ti antes mantuviera: la educación recibida en tu infancia y los ejemplos dados en tu familia y en tu casa no han divertido la voluntad y pensamiento tuyos de aquellos objetos y fines á los cuales te has propuesto consagrarlos.

— Por las familias á que pertenezco he visto salir de las bocas y correr por los suelos en tropel confuso las mil ambiciones imperiales.

— Pero no es esa la parte de familia que te ha educado á ti. Engendraronte tu padre Germánico y tu madre Agripina. Éste no pudo transmitirte con su sangre la conformidad sublime que constituía la base de su temperamento, y de aquella no ha podido provenir, de aquella mujer consagrada por completo al amor de su esposo en el matrimonio, y á la memoria, en su viudez, del hombre querido, no ha podido provenir tu impaciencia por el Imperio, y por el Imperio directo, por el Imperio constante, por el Imperio tuyo con que ahora sueñas y por que ahora pugnas.

— Créete que mis abuelos resucitan en mí á despecho de mis padres. Y de mis abuelos llevo un conjunto tal de tradiciones, ejemplos, enseñanzas, ideas y deseos, que forman y componen como una segunda naturaleza en mi seno.

— Sea en buen hora; pero á eso podrá llamársele una herencia de caracteres, no se le llamará un efecto de la educación.

— Sea lo que quiera, yo tengo fe viva: primero, en que por mis esfuerzos Nerón llegará pronto al sumo Imperio, y que después de haber llegado, por su modestia, por su indolencia, por su vanidad, dejará el gobierno de nuestro Imperio á su madre.

Á tal afirmación, Vitelio meneó tristemente la cabeza; pero Agripina continuó exponiendo sus alucinaciones.

— Yo acabo de hacer con él aquello mismo que hiciera con el fuerte Aquiles de Grecia su diosa madre. Lo inclino á las labores del sexo mío, ya que pienso acaparar las labores del sexo suyo. Lo visto con los trajes más voluptuosos como á una bailarina. Le cuelgo collares de la garganta y zarcillos de las orejas. Lo tiendo en lechos de púrpura como á las favoritas de los palacios orientales.

Un pebetero de oro le trastorna el seso con sus aromas alquímicos. Un espejo de plata le sirve para enamorarse de sí cual Narciso. Música regalada suena en sus oídos á la continua. Coros y cantos báquicos le acompañan por los jardines y por los campos. La sempiterna embriaguez lo rinde y lo entrega por completo á mi albedrío. Idle, después que se haya empapado en esta sensualidad, idle con cuidados del gobierno, con luchas guerreras, con grandes competencias senatoriales, con partidos en el circo y en el comicio; no comprenderá de todo esto ni una sola palabra, porque la constante afeminación le atrofiará las facultades y los órganos indispensables al mando. Por consecuencia, yo reinaré, con eterno reinado, sobre Nerón, y Nerón reinará, con eterno reinado, sobre Roma. Créelo.

— Pero si lo afeminas así, ¿cómo le consientes que lleve un cachorrillo, cual ese leoncejo, que le presta, no aspecto de Onfala, sino aspecto de Hércules?

— Empeñóse con tenaz insistencia en ello, y no tuve otro remedio que acceder á su capricho.

— Pues deduce por eso mismo lo que hará en su juventud.

— ¡Oh! Para corromper y esclavizar la juventud hay otros medios: el vicio, el goce vivísimo, el placer desenfrenado.

— Pero esa propensión á las fieras, antes indica una complexión fuerte, nativa en él, que la dulce por ti concebida en tus adentros, y no bien sobrepuesta en él, según lo que veo y observo.

— Créete que la inclinación á los animales, pareciéndome mal, me parece una tendencia irremisible al descenso; no hay que combatirla, no; hay que fomentarla. Déjame á mí en paz acabar mi obra, y verás cómo no puede haberla más concluída y más perfecta. Déjame, pues, maniobrar.

— Pero mis afectos de amistad y gratitud hacia ti me preguntan cómo no te marrarán tus planes, pudiendo encaramarte, llevando á tu Nerón en brazos, hasta la cumbre del Imperio.

— Ya lo veremos.

— Claudio tiene un hijo y le ama por todo extremo. Británico es el heredero nato en sus preferencias paternas.

— Pero ese hijo correrá la misma suerte que su madre.

— ¿Lo crees tú así?

— ¡Vaya si lo creo! En cuanto Claudio conozca las infidelidades,

ignoradas hoy por él, de Mesalina, dudará de la legitimidad de hijo; y en cuanto dude alguna vez de la legitimidad del hijo, se volverá con afán en busca de este mozo mío, su resobriño, el cual pertenece á la familia imperial por su madre y su abuela.

— ¡Qué sé yo!

— Pues sábelo.

— Aunque resuelto á cooperar en todo cuanto hagas, y en todo cuanto mandes á obedecerte, yo dudo del buen resultado de tus planes.

— Pues esa duda, en mi sentir, acrecienta el mérito de tus servicios y aquilata la devoción á mi persona y familia.

— Difícil en el temperamento de Claudio sustituir una mujer con otra mujer; pero mucho más difícil todavía reemplazar un hijo de sus entrañas con un sobrino de aluvión.

— Ya sabes que por las adopciones romanas se convierten hasta los extraños y ajenos á nuestra sangre y á nuestro apellido en familia propia.

— Sea en buen hora; pero de las adopciones como hijo propio á la designación como heredero natural en el Imperio, todavía media una larguísima distancia.

— No tanta como tú crees. Ahora mismo, antes de darle á Mesalina el golpe de gracia, hésele dado á su hijo.

— ¿Qué has hecho?

— He convencido á Claudio de que celebre los juegos seculares.

— ¿Cómo los juegos seculares?

— Los juegos seculares, te repito.

— Pues ya en tiempo de Augusto se tuvieron y no ha pasado un siglo desde su celebración.

— Para eso es Claudio emperador: para variar si le place hasta el curso y la dirección de los tiempos.

— ¡Pobre Roma!

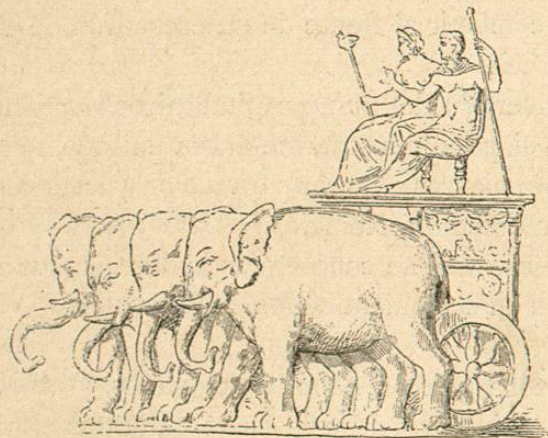
— Además, que cumplen ahora nueve siglos de la fundación de nuestra ciudad, y no hay que celebrar los juegos por el aniversario de su primera celebración, sino por el aniversario de esta divinidad, de esta Roma, en cuyo culto y obsequio los estatuyeron un día nuestros padres.

— Vaya en gracia; pero todo ello me parece arbitrario y caprichoso.

- Roma está hoy pobre.
- Tienes razón. En su puerto de Ostia, otras veces tan rico, ahora crece la hierba.
- Como que todo nuestro dinero ha pasado en poco tiempo á Egipto y Mauritania, regiones productoras de trigo, cuyos graneros conjuran las hambres caídas como terrible plaga sobre los reyes del mundo, sobre los orgullosos romanos.
- Y ahora con las fiestas pensáis reganarlo.
- ¡Vaya si pensamos!
- Como que se reducen los juegos á una feria universal...
- Y en esta feria universal ideo yo granjearme y granjear á Nerón las primeras piedras de nuestra preciosísima corona.
- De modo que mientras el sirio mercadeará en su tienda los búcaros olientes á canela, el viejo lidio los linos albos y ligeros, el samita sus ánforas, el germano las cabelludas pieles de sus rengíferos, el fenicio las púrpuras de Tiro teñidas para el hombro de los reyes, el egino las estatuillas de acero que parecen argéneas, el cirenaico las sillas de maderas olorosas, y el egipcio sus sacros papiros, tú, Agripina, mercadearás el Imperio, granjeándolo en apariencia para tu hijo, y en realidad para ti.
- ¡Ah! Tal pienso.
- ¡Peligrosísimo juego! ¿Y cómo has persuadido á Claudio?
- Mostrándole cuál bordado de altísima elocuencia podría ponerse con facilidad sobre un tema de tanto empeño.
- ¡Ya lo creo! Y como le gustan los discursos tanto, habrás puesto á escribir su persuasiva correspondiente arenga para persuadir al Senado.
- No se cansa de hablar y escribir.
- ¡Dichoso él!
- Verdaderamente dichoso, pues impera.
- Mas como den los herederos y sucesores en la flor de ir así recortando los siglos, en verdad no podrá decirse aquello de venid á ver lo que no habéis visto nunca y tampoco nunca volveréis á ver.
- Como que sólo han transcurrido sesenta y cuatro años de la última celebración.
- Pues, Agripina, en cuanto con Claudio tope, voy á dirigirle un voto.

- ¿Cuál?
- Que celebre muchas veces los juegos seculares.
- ¡Pues no van á reirse poco del voto las gentes!
- Déjalas; ya tendrán qué llorar.
- Y se cuentan maravillas de lo que hay en proyecto.
- ¿Qué hay en proyecto?
- Un espectáculo nunca visto.
- ¿Cuál puede aparecer como nuevo en esta Roma, que, desde el Imperio, seméjase á un teatro inmenso?
- Esta Roma no ha visto nunca el combate de los tesalios con los toros.
- ¿Todavía no hay bastantes fiestas de las que degradan y envilecen á un pueblo, tras las que idearon para corrompernos y esclavizarnos los que tantas veces quisieron ser nuestros amos?
- Verás el combate de los caballeros tesalios con los toros bravíos.
- No han menester los hombres de combates con las fieras; harto luchan como fieras entre sí.
- Además de toros veremos tigres y leones, pues nada menos que un prefecto del pretorio ha demandado su correspondiente permiso para combatir al frente de un escuadrón de caballería con los brutos feroces.
- Pero, divertido del punto capital mi pensamiento, perdóname, Agripina, si, para industriarme ahora en todo, te interrogo sobre cuál partido piensas alcanzar para tus proyectos del espectáculo prometido por Claudio á Roma.
- Pues pienso que se congreguen todos los jóvenes de las familias patricias en cualquiera de los espectáculos.
- ¿Y qué?
- Pienso conseguir se vistan de troyanos, y mi Nerón represente allí el principal papel de la fiesta, mientras el hijo de Claudio, su rival, y presunto heredero del Imperio á que yo aspiro tan sólo llegue á representar el segundo papel. ¿Comprendes?
- Comprendo.
- Un pueblo tan supersticioso cual este pueblo romano verá en ello un presagio, y en el presagio se dibujará la corona de Nerón. Al llegar á este punto los interlocutores, Nerón se despertó, y

su primer impulso fué arañar al cachorro, que dió un rugido, mostró los dientes y las uñas, pero se quedó inmóvil á una mirada del amo. Luego saltó, en guisa de titiritero, desde su lecho al pavimento, y creyéndose completamente solo, se dió á bailar con verdadero desorden, y á ponerse muy gallardo en varias actitudes atléticas. Pero en esto la respiración de los dos interlocutores llegó á su oído, y viendo á la cariñosa madre sentada como una estatua de la majestad imperial, se tendió en tierra y se acercó á ella como pudiera un tigrecillo acercarse á la teta de una tigre. Agripina mostró hijo tan danzarín y juguetón á Vitelio como para confirmar los juicios comunicados antes, y se acordó con fruición de los desórdenes de Mesalina, para que le granjearan el Imperio, donde tenía la mira puesta con ese ojo certero dispensado por las leyes providenciales y por las leyes naturales á cuantos tienen que cumplir una extraordinaria finalidad bajo nuestro cielo y sobre nuestro planeta.



Claudio, Agripina, Livia y Tiberio (de un cameo romano)

CAPÍTULO II

MURMURACIONES DOMÉSTICAS

Un tropel de siervos imperiales llenaba por los últimos días del imperio de Claudio el vestibulo de su maravilloso palacio en el sagrado monte Palatino, remate y corona del Universo. Aislada completamente la casa de César, como un templo, su área correspondía con las tradiciones guardadas en Roma para conjurar los maleficios y atraer desde las alturas sobre familias y hogares los mayores bienes posibles. Augusto, conociendo toda la trascendencia del cambio en las instituciones traído por el Imperio, y la dificultad suma de que tamañas novedades penetraran en las costumbres, pues antes entra una idea en la cabeza que en la vida, quiso le perdonaran su poder supremo aparentando no tenerlo, y vivió en habitación modesta, guarecido tras un templo que le sirviera de verdadero escudo, y encerrado en sitio recatadísimo y de apariencia humilde con su poder y su fortuna, como pudiera un avaro encerrarse con sus tesoros. Pero poco á poco arrojó la tiranía sus